

Ahora que han desaparecido de mi vida mis parientes y la mayor parte de los que dijeron amarme, junto a mis exiguos caudales, he decidido abrir una cuenta de ahorros para comprarme una tumba en el cementerio de la ciudad. Ya he guardado algunos miles de dólares y contaré próximamente con una cantidad considerable para comprarme mi propia tumba. Una vez ejecutado el trámite contrataré a alguno de esos artesanos que vive de la muerte, para construir una elocuente lápida con mi nombre, junto a algunos versos que ya tengo dispuestos y los consabidos paréntesis con su guión en el medio. Esa pequeña línea en que anida la metáfora de un relámpago. Por que es estrictamente necesario que la tumba de un caballero exhiba en el justo grado del epitafio, algún pensamiento atinado que se corresponda con las solemnidades del momento.



De tal manera que ya tengo dispuestos la lápida y el ataúd que será por demás sobrio y refinado, todo en estricto gris. Color por demás elegante y que concuerda perfectamente con los ritos de rigor. La lápida por supuesto no incluirá las fechas de nacimiento ni las de la muerte hasta que no llegue el momento justo. Es decir el del fatídico o beatífico deceso. Además, espero que la vida me brinde algunos buenos años para poder disfrutar de mi última morada. Uno nunca sabe. También cuidaré el detalle de dejar algún dinero al dueño de la marmolería para que a la hora de la verdad, no se olvide de grabar en ellas las fechas correspondientes.

Este gesto o gasto al parecer inútil, me permitirá al menos en esta soledad infame que se vive en este peñón ahito de indígenas indigentes, el pretexto de ir a visitar este postrer vacío todos los sábados o algunos domingos. Así podré llevarme algunas flores con un gesto no exento de cierto fervor. Saludar algún deudo, darle el pésame a alguna viuda interesante y disfrutar del parco espectáculo de los blancos mármoles y los oficiosos pórfidos. Ah, y de los mausoleos, esa agraciadas residencias donde los gusanos gozan de la exquisiteces de los muertos más nobles y honorables. De esta manera, también gozaré de la oportunidad de decidir entre camelias, rosas, crisantemos o algún ramo de cualquier primavera adagio, como esas bellas hortensias que parecen rizos de alguna suave nube azul escapada del cielo.

Iré a visitarme, compungido serio y triste y también disfrutaré de la oportunidad de dedicarme alguna piadosa corona con su consabida cinta donde diga que siempre te guardaré en mi corazón y algún descanse en paz o mentir con el más sublime desparpajo, un tus amigos nunca te olvidaremos, y otros lugares comunes de esos que suelen barajarse en estos momentos tan trascendentales. De modo que esperaré con ansias los días de visita y de guardar y me llevaré a verme en el lugar donde permanecerán mis restos. Soñaré con el desconsolado cortejo y con la despedida de duelo que espero que sea más bien como un brindis de mis bodas con la muerte. A fin de cuentas tan aciago es el blanco de unas nupcias como el morado que compete al de un funeral. Por otra parte, dejaré preparado con el más exquisito gusto, mi ajuar de despedida: gabán en lana virgen y corbata de seda con su lazo a la inglesa y los debido polvos y afeites que exige la ocasión. Ya que me aterran esos rictus mortuorios que exhiben algunos cadáveres a la hora de las despedidas. Eso sí, me consta que los que irán no volverán nunca más y aquel que retorne será por que nunca se ha ido.

Será de mármol mi última y fatal morada y las letras estarán en bajo relieve para que mi nombre, aunque atado a las crueles vicisitudes de la austera lápida, resalte un poco del blanco de la piedra. Con suerte podré sentarme en mi propia tumba o si el presupuesto alcanza, sobre algún banco de piedra que tendré a bien en ubicar en el costado más conveniente del humilde panteón. Siempre arrobado por algún pasajero fervor y de rodillas como es debido en estos momentos de dolor, y víctima solícita, ungido por la luz de algún trance momentáneo y sin que el consuelo disponga de mi dolor, poder esgrimir algunas oraciones, uno que otro suspiro abonado por el más acertado y discreto sollozo y así, con el debido esfuerzo, quizás pueda repujar alguna enternecida lágrima, por el eterno descanso de mi alma.

## Entre paréntesis

---

Jan Martínez

---